

Enoch Thomson

El compañero de piso

Cuando lo metieron en el box no lo reconocí.

Las últimas horas de cada guardia siempre ando un poco embotado. A pesar de los cafés y las bebidas energéticas que intercalo entre politraumatizados y ancianos moribundos, no se puede decir que las termine muy despejado.

—Castillejos, ¿puedes oírme? —la enfermera con la que compartía la guardia se dirigía a él como si le conociera—. Abre los ojos. Vamos, haz un esfuerzo.

Sólo cuando pronunció su apellido mis neuronas entablaron conexión. Fue como meter la cabeza en el cajón del congelado del frigorífico, me espabilé de una.

—¿Castillejos? ¿Manolo Castillejos? —pregunté incrédulo.

Inconsciente, abotargado y con un cuerpo consumido, donde no quedaba vestigio alguno de la robustez que yo recordaba, estaba claro que el aludido no me iba a sacar de dudas. Lo hizo la enfermera en su lugar, quien le buscaba el pulso mientras medía su fiebre con un termómetro digital de precisión.

—Sí, ¿también lo conoce usted?

—Fuimos compañeros de piso durante mi primer año de carrera. Aquello era un auténtico caos, tuve que dejarlo para poder centrarme en los estudios.

La enfermera, algo más joven que yo, me miró entonces desconcertada.

—Yo he estado en ese piso muchas veces —dijo con un hilo de voz, como quien desvela un secreto un tanto vergonzante—. No me extraña que se fuera, las fiestas de Castillejos eran memorables. Que les pregunten a los vecinos del edificio y a la policía si no.

No cabía lugar a duda, se trataba del mismísimo Manuel Castillejos. Su piso, situado estratégicamente frente a la Facultad de Medicina, era un constante ir y venir de gente. Las juergas que allí se organizaban eran míticas, no sé las veces que tuve que despejar el piso de borrachos bien entrada la mañana. La mayoría estudiantes de Medicina, al menos todos los que entonces vivíamos con Castillejos lo éramos. Todos menos él, que decía estudiar Derecho a un promedio de asignatura por curso. Era lo que podría llamarse un repetidor con solera.

—Esto tiene toda la pinta de tratarse de una intoxicación etílica severa.

Sabía de largo que mi diagnóstico era prejuicioso, poco digno de un profesional. Pero es que el historial de Castillejos y ese olor avinagrado que desprendía... Vamos, que aquello se arreglaba con un sencillo lavado de estómago y un par de botes de suero.

—Qué triste, ¿no? —dijo entonces la enfermera.

En ese momento, no sabía a qué se estaba refiriendo con exactitud. Sencillamente, Castillejos se había pasado un poco con el vodka con naranja y alguna sustancia más: cannabis o hachís, a los que era muy aficionado.

—Este hombre le tenía pánico a la soledad —prosiguió la enfermera, poniéndose de un místico que me llegó a incomodar—. Siempre creí que se valía del piso y de sus fiestas para estar rodeado continuamente de estudiantes.

No sé por qué razón lo pregunté, supongo que me picó la curiosidad.

—¿Sabe si llegó a terminar Derecho?

La enfermera contestó sin quitarle el ojo a Castillejos. Aunque lo habíamos colocado en la posición lateral de seguridad, por si vomitaba, la manera de mirarlo, como una Dolorosa de estampa, era lo bastante elocuente para dar a entender que le inspiraba lástima.

—Cuando yo le conocí estaba más cerca de los treinta que de los cuarenta, creo recordar que decía estar elaborando una tesis doctoral de nombre indescifrable. Sin embargo, nadie se creía que hiciera tal cosa.

—Tampoco es tan extraño —dije en su defensa—, Castillejos se tomaba sus estudios con mucha calma.

—Tuve un novio en la Facultad de Medicina. Durante un tiempo fue compañero suyo de piso, al igual que usted. Por lo que él me contaba, nunca lo vio estudiando o haciendo otra cosa que no fuera organizar la siguiente juerga. Ni siquiera tenía libros o códigos de Derecho en su dormitorio. Su carrera universitaria era pura invención, se las daba de alumno veterano porque aquello le otorgaba cierta jerarquía dentro del grupo, lo hacía... cómo decirlo, más carismático. Pero a mí entonces ya me daba pena, lo tenía por una persona demasiado frágil. Tenerlo aquí delante y en este estado no hace sino confirmar lo que nadie supo advertir.

Se dio la vuelta y abrió un cajón cuyo contenido estuvo removiendo en busca de algo. Me quedó la sensación de que la enfermera, al girarse, me ocultó una lágrima. Segundos después, sacó una linterna de inspección ocular que me alargó con la mano en un gesto cargado de intención.

A Castillejos los párpados le pesaban como losas. Cuando logré levantarle con los dedos uno de ellos apunté el haz de luz en dirección al ojo liberado. No me dio tiempo a preguntar por el piso ni cómo se ganaba la vida, el amarillo intenso de la esclerótica me hizo olvidarlo de inmediato.

—Ictericia —anuncié sobrecogido.

La enfermera levantó la mirada al techo del box y exhaló un suspiro de resignación. Acto seguido, desprecintó una jeringa y una aguja para extraer una muestra de sangre que se mandó al laboratorio.

No era necesario conocer los niveles de bilirrubina y creatinina del paciente para saber que el problema radicaba en su hígado. Había visto muchos casos similares, así que mandé traer un ecógrafo de inmediato.

—Inflamación, tejido necrosado, tumores nodulares —mi voz sonaba impersonal, fría, impropia de quien está diagnosticando una cirrosis en su fase terminal. Por suerte, mi antiguo compañero de piso no estaba en disposición de escuchar nada. En ningún momento, desde que entró por la puerta de Urgencias hasta que lo trasladamos a la UCI, recuperó la consciencia.

«Familiares de Manuel Castillejos, preséntense en el box número tres», se escuchó en la sala de espera por megafonía.

No se me ocurría peor manera de terminar una guardia que transmitiendo malas noticias. La supuesta familia convocada se concretó en un par jóvenes con evidentes síntomas de embriaguez.

—Somos compañeros de piso —dijo uno de ellos.

—Bueno, la verdad es que el piso es de Castillejos —aclaró el otro—. Por lo visto lo heredó de sus padres, así que se podría decir que es nuestro casero.

Crucé una mirada con la enfermera. Por su cara, no era yo sólo al que semejante revelación había pillado por sorpresa.

—¿Estabais de fiesta? —pregunté aun conociendo la respuesta de antemano.

—Sí, Castillejos nos deja hacer lo que queramos —volvió a intervenir el que parecía tener más facilidad de palabra—, siempre y cuando le dejemos participar. Bebe mucho, ¿sabe? Pero no monta numeritos, es de los que controla. Cuando se ha desplomado en medio del salón nos ha dado un susto de cojones, por eso hemos llamado a la ambulancia.

—¿Sabéis si tiene familia?

—Que yo sepa, no —dijo uno de ellos.

—¿Es grave? —preguntó el otro.

Me resultó extraño ser testigo de la última juerga de Castillejos. Tanto como comprender que yo formaba parte de una de aquellas promociones de alumnos de Medicina que habían contribuido a mantenerlo. A él y a su famoso piso. Sin atenerme a la pregunta, respondí con una indirecta:

—Será mejor que vayáis buscando otro lugar donde terminar el curso.